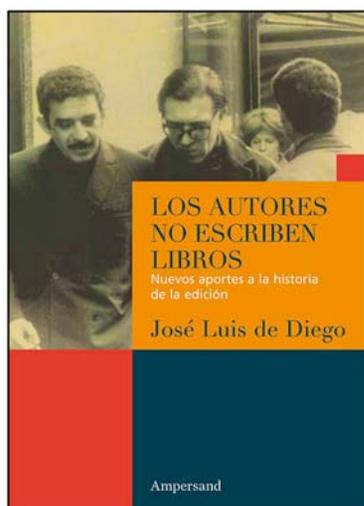

**SOBRE *LOS AUTORES NO ESCRIBEN LIBROS.*
*NUEVOS APORTES A LA HISTORIA
DE LA EDICIÓN,*
DE JOSÉ LUIS DE DIEGO**

Laura Miklós
Universidad Eötvös Loránd
miklos.laura@btk.elte.hu



∞

Los autores no escriben libros. Nuevos aportes a la historia de la edición, de José Luis de Diego; Buenos Aires: Ampersand, 2019; 242 pp.; ISBN: 978-987-41612-9-1.

“Hagan lo que hagan, los autores no escriben libros. Los libros no se escriben. Son manufacturados por escribientes y otros artesanos, por mecánicos e ingenieros, y por prensas de imprenta y otras máquinas” –José Luis de Diego inicia su libro con esta cita que toma de Roger Stoddard, bibliógrafo estadounidense, para determinar su posición ya desde el principio. *Los autores*



no escriben libros es una selección de ensayos, estudios y conferencias anteriores que, a lo largo de seis capítulos, revisa la historia y varios aspectos de la edición del libro. El subtítulo, *Nuevos aportes a la historia de la edición*, también señala que el enfoque del autor es, efectivamente, novedoso para todos los lectores interesados en el tema. No obstante, disfrutarán este tomo, sobre todo, los que conocen el ambiente de la literatura latinoamericana y, más en concreto, el de la literatura argentina, ya que el título aparentemente generalizador esconde un tema muy especial con un foco marcado dentro de un espacio y tiempo limitados. Tanto el título como los capítulos individuales comparten la interpretación (cada vez más difundida) de que los autores escriben textos, pero los libros son cooperaciones que deben entenderse como el resultado de un proceso profesional largo con varios agentes (cuya jerarquía difiere de la tradicional) y de una estrategia editorial compleja. De hecho, la fotografía de la portada del libro sugiere la misma idea: al lado de Gabriel García Márquez aparece el primer editor de *Cien años de soledad*, Francisco “Paco” Porrúa, en la primera y única visita del autor célebre en Buenos Aires. Aparte del análisis de las condiciones en las que se produjeron los libros, en un segundo plano el autor nos introduce a la cultura material y a los medios de comunicación del momento: “la historia del libro y la edición o [...] la historia social y cultural de la comunicación impresa procura estudiar y analizar las condiciones materiales de la producción, circulación y consumo de los libros, y por ende resulta un insumo decisivo para la historia de la cultura y de la literatura” (7). En este sentido, la consideración de estos componentes como unidad no es una opción, sino un requisito para entender las correlaciones de un sistema complejo.

José Luis de Diego ya es más que conocido entre quienes están interesados en la historia del libro y de la edición. El profesor distinguido de la Universidad Nacional de La Plata examinó en varios tomos la edición del libro (sobre todo, el caso de Argentina) y la relación del sector con los círculos intelectuales. El libro anterior del autor, *La otra cara de Jano. Una mirada crítica sobre el libro y la edición* (2015), es una selección de once ensayos que examinan cómo las redes transnacionales de autores, editores y varios agentes de la producción del libro crearon redes que luego promovieron diferentes interacciones comerciales o ideológicas. Ambos libros fueron publicados por Ediciones Ampersand (Buenos Aires) como parte de la colección “Scripta Manent”, dirigida por Antonio Castillo Gómez. El objetivo de la colección es la publicación de textos de investigadores (tanto extranjeros como latinoamericanos) sobre la edición de libros. En esta colección, tanto los especialistas como los lectores cotidianos encontrarán lecturas muy especiales, pues, además de contar con investigaciones académicas, su gran valor reside en la presentación de una visión compleja. *Los autores no escriben libros* presenta un análisis minucioso y lo sintetiza con material de archivo. Hay que destacar que, además de la parte teórica, la faceta práctica cumple un papel muy importante y crea un equilibrio en el ritmo del libro: este nivel anima al lector a seguir después de algunas páginas tal vez no tan dinámicas pero indispensables.

El tomo está dividido en dos unidades mayores: la primera (“Ensayos”) contiene dos textos relativamente cortos, mientras la segunda (“Estudios”) está compuesta por cuatro capítulos más extensos. “Editores, políticas editoriales y otros dilemas metodológicos” es el ensayo que abre el libro y, a través de diferentes oposiciones (editores/ políticas editoriales, libro/ edición/ lectura, nacional/mundial, disciplinario/interdisciplinario, cuantitativo/cualitativo), recorre los retos del trabajo editorial. El autor es consciente de que la teoría y la práctica muchas veces no coinciden. De hecho, “a comienzos de los años ochenta todo se veía borroso: la distinción entre libro, edición y lectura” (15), de manera que no se entendía la edición como un área compuesta. Este ensayo,

gracias a su estructura dicotómica, nos explica cómo los dos aspectos se complementan dentro del trabajo editorial y los ejemplos de las oposiciones mencionadas antes nos ayudan a ver que el “territorio de nadie”, es decir, el espacio de transición entre los dos polos, da una solución para muchas de las dudas que surgen entre las circunstancias de cada caso. Se hace evidente que para un análisis eficiente es difícil generalizar y hay que acercarnos a cada caso con una perspectiva flexible y dinámica, ya que las condiciones varían según el momento histórico, económico, etc.

“Editores en la literatura”, el otro ensayo de la primera parte, es más creativo en comparación con los otros textos del libro. La idea nace de una observación que el autor encuentra en una entrevista con Enrique Vila-Matas según la cual los editores no aparecen con mucha frecuencia en la ficción. José Luis de Diego, para contradecir a esta afirmación, destaca las figuras de los editores. Haciendo referencia a Balzac, Max Aub, Aira o el mismo Vila-Matas, entre otros, nos ofrece una serie de ejemplos como evidencia de la inspiración que significan los editores en la ficción, mientras aborda problemáticas como la relación entre ficción y realidad, la superproducción y la devaluación de la literatura.

La segunda parte del libro está compuesta por los “estudios”. Esta sección se abre con “Redes intelectuales y proyectos editoriales en América Latina”, una versión reescrita y ampliada de una ponencia anterior. Al autor le interesa, como primer paso, “la centralidad de algunos emprendimientos editoriales en la difusión y consolidación de idearios específicos” del americanismo y latinoamericanismo, es decir, la visibilidad que ganan a través de la labor editorial del Fondo de Cultura Económica de México, Editorial Ercilla, Sudamericana, Monte Ávila o la Biblioteca de Ayacucho. En el cierre del estudio, el investigador reconoce que sus conceptos son “precarios y tentativos”, pero aun así son suficientes para cumplir el objetivo de “indicar transformaciones en el campo editorial que [...] alcanzan aspectos que exceden el señalamiento de mutaciones ideológicas” (78).

“Un catálogo para Santiago Rueda” es sin duda uno de los estudios más especiales del volumen en el que encontramos un análisis del catálogo de Santiago Rueda Editor. El editor fundador de renombre aparece en medio del ámbito de las librerías en un momento de auge de Buenos Aires, en la primera mitad del siglo XX. De Diego incluye el catálogo reconstruido de Santiago Rueda para dar evidencia de un trabajo original, único y de gran impacto entre los otros proyectos de la época cuyos resultados hablan por sí solos: “el catálogo que presentamos, de unos 270 títulos, incluye libros publicados en 28 años que van de 1941 a 1968” y entre estas obras podemos destacar las obras completas de Sigmund Freud, de varios filósofos (como Nietzsche o Kierkegaard), pero también encontramos en la lista a Hermann Hesse, James Joyce o Marcel Proust. Después del catálogo grandioso, de Diego presenta un análisis breve sobre el impacto de la publicación de los escritores antes destacados, lo que demuestra claramente la importancia del proyecto no solo en Argentina sino del hispanohablante en general.

“La edición de la literatura en la Argentina de fines de los sesenta” analiza un período de la historia de la edición en Argentina después de su época de oro, entre 1938 y 1953. Estos años coinciden con las décadas más difíciles en Europa, especialmente en España y también están relacionados con la ampliación de la clase media, su seguridad económica y el crecimiento de las matrículas universitarias de la región (151). “Una brutal caída de las exportaciones debido a la recuperación de la industria española” termina los mejores años del libro (y del autor) argentino (149) y el fenómeno, como casi siempre, se alterna con una mejora en España. En el apartado de los sellos más importantes, José Luis de Diego revisa los títulos destacados de los sellos más

significativos de Argentina entre 1966 y 1970 (para un cuadro representativo sobre los títulos, ejemplares y tiradas, vale la pena revisar la página 148). Después, en un microanálisis evalúa los datos anteriores aportando al lector detalles muy importantes y gráficos sobre varios proyectos: Sudamericana, Losada, Emecé, Centro Editor de América Latina, Jorge Álvarez, De la Flor, Galerna y Tiempo Contemporáneo. También menciona dos editoriales extranjeras (Seix Barral, Siglo XXI) que tuvieron una influencia muy importante a nivel mundial, sobre todo, en España.

Por último, el capítulo “La literatura y el mercado editorial” se puede leer como una continuación del estudio anterior, con el foco en el período que va desde los últimos años del siglo XX hasta la actualidad. El apartado de “La concentración” explica el cambio económico que repercutió sobre las editoriales y cómo las grandes conglomeraciones transformaron el panorama del sector, no necesariamente en un sentido negativo: “numerosos emprendimientos editoriales pequeños [han encontrado nuevas] en la especialización de sus catálogos, las razones para su nacimiento y supervivencia” (201) a pesar de las circunstancias cada vez más complicadas. Esta idea se desarrolla luego en los apartados “Las editoriales emergentes” y “Nuevas tecnologías”. Continuando con la visión de la edición como una cadena compuesta por varios agentes con formaciones y destrezas de varias áreas (211), el autor también reflexiona sobre las “Nuevas figuras de editor” y “Agentes” que han sido las figuras olvidadas de la creación del libro. “No parece difícil publicar; lo verdaderamente difícil es ser leído” –afirma José Luis de Diego y, por eso, dedica la última parte a las “Ventas, ciclos, lectores” que parece indispensable en el momento de auge del capitalismo y de la economía de la atención que, a pesar de algunas ventajas, también presenta dificultades para captar la atención del lector.

En el prólogo el autor describe que los textos reunidos en el libro fueron escritos para diferentes acontecimientos, sin embargo, “la labor de reescritura los alcanzó a todos”. Esta afirmación supone que había algún tipo de concepto (autoral y/o editorial) a la hora de la composición del volumen –la organización y vinculación de los textos, la estructura del libro–, por lo que considero que uno de los puntos débiles del volumen es la ausencia del sentido de unidad. No encontramos las correlaciones adecuadas entre los capítulos que, sin duda, funcionan perfectamente como unidades aisladas. Es por este motivo que nos encontramos con varias repeticiones, hasta citas recurrentes que podrían haberse evitado a lo largo de la edición. Por ejemplo, aprovechando los finales de los capítulos o dejando espacio para algunas conclusiones más firmes, las últimas partes de los estudios hubieran podido servir como vínculo entre las unidades.

Debido a la especificidad del tema, a veces el lector puede echar de menos el contexto breve (histórico y profesional) que podría ayudar a situar ciertas tendencias para los que no están especializados en el campo de la edición argentina y latinoamericana. Sin embargo, la inclusión de los ejemplos prácticos consigue suavizar este último aspecto. En resumen, tanto este libro, como todo el trabajo de José Luis de Diego es indispensable para todos los que quieran pensar sobre las problemáticas del mundo de edición. *Los autores no escriben libros* es una referencia obligatoria para entender las últimas (y las futuras) décadas de la edición de libros, la historia editorial y el material de un momento exitoso y turbio tanto de Argentina como de América Latina.